

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

COSAS DE RUSIA

¡Abajo la moneda!

Merece un comentario el «último grito» del bolchevismo ruso, la desaparición de la moneda, medida con la cual ha llegado ya el bolchevismo al término de sus aspiraciones, según refiere «La Croix» de París.

El Gobierno de Lenin ha cometido la más radical de todas las reformas prometidas: «la supresión de la moneda».

El día 1.º de enero ha desaparecido el rublo.

No le ha costado mucho a Lenin decretar tal supresión, pues el rublo no tiene valor porque, desde la caída del Imperio, aumentados los gastos públicos de una manera increíble no lograba el Estado fabricar en cantidad suficiente rublos falsos con la imagen de los Romanoff, bastante parecidos a los legítimos. Por esta causa inventó el «rublo soviético», papelito dibujado con extrema sencillez, impreso en un solo color, de tamaño muy pequeño, y, sobre todo, de fabricación extrarrápida, que se tiraba a razón de varios miles de millones por día en las máquinas rotativas del periódico moscovita «Rusko-Slovo», y que hace dos meses alcanzaba la circulación de ¡dos millones de billetes! Consecuencia de esto ha sido la deprecación absoluta del rublo.

Desde el primer día del año no hay, pues, dinero en Rusia; no haya moneda alguna, ni de metal ni de papel, y los «útilitos» de Lenin no pueden adquirir nada sino cambiando unos productos por otros «Dime, dirán, lo que tienes, y yo te daré lo que tengo».

Ha llegado así la civilización bolcheviquita, siguiendo al pie de la letra las teorías de Carlos Marx, a ponerse a la altura de las tribus africanas u oceánicas, que no conocen siquiera las conchas, moneda rudimentaria de otros pueblos salvajes. El cambio de los objetos será el único sistema monetario de la tribu rusa.

Con el sistema comunista, de Lenin, desaparece el salario del obrero. Este trabajará gratuita-

mente y, a cambio de su trabajo, tendrá el alimento, habitación y vestido. La Historia — termina el diario parisiense — conoce el sistema: se llama «la esclavitud».

¡LOS REYES!

En un lugar miserable espera el niño impaciente que lleguen a su balcón esos bondadosos Reyes que, a los niños, que son buenos, les hacen ricos presentes. El de mi cuento no es malo, y es muy natural que espere veras también obsequiado con confites y juguetes, y así pregunta a su padre con intervalos muy breves... — Papá, ¿llegarán a casa?... ¿Tardarán mucho los Reyes?...

Transcurren las horas tristes y más que tristes orules, para el hijo, porque espera... para el padre, por que espere. Venido, al fin, por el sueño, el pequeño se aviene, a esperar desde su lecho el deseado juguete... Y aún entre sueños pregunta a su padre ¡tantas veces! — Papá, ¿llegarán a casa? ¿Tardarán mucho los Reyes?

Rafael G. Quiñones

Si yo fuera el diablo...

Con estas palabras comenzó un sermón hace poco un excelente cura párroco francés.

Al oír tal suposición, los fieles quedaron asombrados.

— Si yo fuera diablo — continuó diciendo el cura párroco — ¿procuraría que no oyésemos misa los domingos? No digo que no lo haría.

¿Os pondría en vías de juar en vano, de robar, de embriagaros, de vivir como bestias? Tampoco digo que no lo haría.

Pero todo esto lo haría de una vez, dando la mejor batalla a los ángeles de vuestra guarda.

El auditorio anhelaba saber lo que había su excelente cura párroco, si él fuera diablo.

Por fin lo dijo el venerable sacerdote con estas palabras:

— Si yo fuera diablo os suscribiría a un mal periódico, y en un mes habría hecho más trabajo infernal que en veinte años por otros medios.

— ¡Hijos míos prosiguió diciendo el cura párroco — huld de los malos periódicos como de la peste!

CUENTOS DE REYES

El caballo de Juanito

Como en antaño, también hoy día, los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Beltsar, cabalgando sobre brillosos corceles blancos alados a semejanza de la cabalgata de *Las Walkyrias*, caminan por las sierras nevadas, guiados por la estrella Oriente, en dirección a Belén.

En sus vestimentas lucen el manto de armiño y púrpura y coronan sus privilegiadas sienes sendas áureas coronas que brillan a la luz del sol.

¡Oh fallaces y dihosos tiempos, cuán lejanos estáis ya!

¡Llor a vos, Reyes Magos, que sois los Reyes de la niñez, de la inocencia, del amor, de la juventud, de la gloria y de la alegría!

Los pequeños, con las ilusiones propias de la edad, esperan ansiosos la llegada de Sus Majestades.

¡Aquella solemnidad del silencio, esperando el amanecer para correr presurosos al balcón en busca de los codiciados juguetes y ricos golosinas qué gratos recuerdos encierra!

Nuestro sueño en aquella noche era como un sueño de oro, viendo aparecer a los fastuosos Magos, rodeados de luces de bengala, al són de una celestial música, arrastrados por fantásticas carrozas, orlada de ricas piedras y que por mediación de sus apuestos pajes, llevaban de juguetes los balcones y de dulces nuestros zapatos.

Formaban como una ideal cabalgata, venida de lo infinito, de lo ignoto.

¡Aquellos tiempos pasaron, y esas noches de oro y de entusiasmo se han desvanecido y convertido en pesares, miserias, en noches de sangre, de envidias, de rencores y de matetar.

Juanito, que era muy travieso,

pero de buen corazón, mandó su respetosa misiva a los Reyes, solicitando le mandasen un gran caballo de cartón piedra, como el que poseía su amiguito Ernesto.

Tenía aquel pequeño la obsesión de que, siendo pobre, no se acordarían de él los Reyes, y allí, en su reducida boardilla, se le ocurre preguntar a su madre:

— Dí, madre. ¿Sabes tú si pasarán por aquí este año los Reyes?

— Supongo que sí, hijo mío; pero las cosas del cielo no pueden saberse en la tierra, si bien las de aquí de la tierra si que se saben allí arriba en la gloria.

Y como estos Reyes son muy buenos, hacen los obsequios y regalos sin que los vea nadie.

Como el revoltoso de Juanito pensaba que nada había conseguido en los pasados años, no del todo convencido, replicó a su madre:

— Si este año se acuerdan de mí, te prometo ser muy bueno, muy bueno y querré ir todos los días a la escuela.

— Verás, pues — le dijo a su madre, — como este año, al pasar por el balcón de Ernesto, te dejan a tí un regalo y te llenan de dulces el sombrero.

Una vez dormido, su buena madre pasó a casa de los padres de Ernesto, el amigo de su hijo, implorando que, por caridad, le regalasen el caballo, que era la ilusión de aquel pedazo de su alma, para poder obsequiarlo y darle una alegría en la noche de Reyes.

No mostraron aquellos buenos padres resistencia a la pretensión de la desventurada madre y pusieron a su disposición el caballo, y le entregaron una cestita repleta de dulces.

Solo trepezaron con una dificultad, y fué que al bruloso corcel, días antes, se le rompió una de las piernas, y Juanito era conocedor de esta parte desgraciada.

No pararon en mientes, y todos los allí reunidos se dispusieron a practicar aquella intervención quirúrgica, componiendo la pierna del desgraciado animal.

Al siguiente día, día de Reyes, la alegría y contento de Juanito no tenían límites; saltaba y brin-